

## Preparación de la Encarnación

Un elemento central de la espera de redención en el AT es la esperanza de que en la necesidad *Dios mismo vendrá como ayuda y rey salvador*. Dios mismo decretó la redención desde la eternidad y la prometió ya en el principio de la historia humana; fué preparada en múltiples ocasiones y realizada en la hora prevista. San Pablo alaba a Dios por este misterio que se está realizando desde la eternidad: “Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia. Por esto nos hizo gratos en su amado, en quien tenemos redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por éstas nos dió a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo, en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de Aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria” (*Eph.* 1, 3-12). El cumplimiento de esa eterna economía divina ocurrió en Cristo. El hecho de la Encarnación, en el que Dios se hizo presente dentro de la historia humana, fué preparado durante siglos. Fácil es comprender que,

dada la importancia que tal acontecimiento tiene para la historia humana y concretamente para la salvación del hombre, fuera necesaria una larga y cuidada preparación.

Pueden distinguirse *dos aspectos en esa preparación*: una realizada dentro de la historia de la redención en la que *interviene Dios sobrenaturalmente* y otra en la *sucesión natural de la historia humana*; la cual, según la doctrina del Protoevangelio, también estuvo bajo la luz de la originaria revelación sobrenatural, por tanto, no sin gracia.

### A. *Preparación de la Redención en el Antiguo Testamento.*

I. Todos los actos salvíficos llevados a cabo por Dios antes de la Encarnación constituyen la *prehistoria de Cristo*: tenían significación de precursores.

También antes de Cristo se sirve Dios para su obra redentora de mandatarios terrenos, ya que tal obra se lleva a cabo por acciones históricas. Su voluntad salvífica tiende a realizarse en situaciones históricas concretas en que la Humanidad sufre y está en desgracia. Su "voluntad de realización" (*Werwirklichungswille*) (M. Buber, *Königtum Gottes*, Berlín, 1932), se manifiesta de mil maneras.

Se desarrolla desde la primera promesa (Protoevangelio) a través de la Alianza y de la creación de un pueblo de Dios que soporte el reinado de Dios y que reciba y transmita la salud, pasando, en fin, por los profetas hasta el mismo Cristo.

1. Los momentos más importantes de esta preparación son la Alianza con Noé y con Abraham y el fundamento, confirmación y acabamiento de ésta en el llamamiento a Moisés. Al pactar en la Alianza, Dios y el hombre no están frente a frente, como dos partes iguales, con los mismos derechos, sino que la iniciativa estuvo siempre del lado de Dios; El llamó al pueblo con quien quiso hacer pacto y El determinó las condiciones de la Alianza, que es un decreto suyo y de la cual es Señor. La Alianza es una gracia inmerecida y encierra una gran promesa: la salud de los pueblos. Dios hizo tal promesa de una vez para siempre, y no será derogada; subsistirá la Alianza porque fué hecha por Dios y no por el hombre; éste no podrá destruirla aunque se subleve contra el Señor de ella. La rebeldía podrá impedir la eficacia salvadora de la

Alianza, pero no anulará su validez; podrá apelar a ella siempre que se convierta y volverá de nuevo a la salud. Según esto hay dos momentos en la Alianza: por un lado, la voluntad salvífica de Dios, dispuesta a conseguir su fin a pesar de todas las confusiones de la historia, y por otra, la justicia provocada por la infidelidad humana a la Alianza. (Acentuación secularizada y unilateral del primer momento es la fe marxista en el progreso; los marxistas creen que a través de fracasos y catástrofes la historia evoluciona con toda seguridad hacia el paraíso en la tierra. Una acentuación parecida del segundo momento es el pesimismo del existencialismo contemporáneo).

La Alianza de Noé puede decirse en cierto sentido que es la expresión de la *religión natural*, de una relación entre Dios y los hombres, que aunque fuera realizada por Dios se cumple en un ámbito natural. Después del diluvio, Dios hace a Noé la promesa: "No volveré ya más a maldecir a la tierra por el hombre, pues los deseos del corazón humano, desde la adolescencia, tienden al mal; no volveré ya a exterminar cuanto vivo hice en la tierra. Mientras dure la tierra habrá sementera y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche" (*Gen. 8, 21-22*). Dios asegura al hombre un logrado desarrollo de su naturaleza. El hombre aprende que debe agradecer a la bondad de Dios lo que la naturaleza le concede, lo que tiene y necesita. Símbolo de esto es el arco iris. El Nuevo Testamento recoge esta promesa; San Pablo anuncia en Listra: "En las pasadas generaciones permitió (Dios) que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de sí haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimentos y de alegría vuestros corazones" (*Act. 14, 16-17*).

2. Con la Alianza de Abraham empieza *la religión histórica en sentido riguroso*. No falta del todo el momento histórico en el pacto con Noé, ya que Dios interviene en la Historia, pero en Abraham tiene ya un fuerte carácter: Dios le promete una nueva tierra, una gran descendencia y la salud en ella de todos los pueblos, es decir, un fin concreto accesible a través de la Historia. Con el llamamiento a Abraham empieza el tiempo de la salvación, que durará hasta la segunda venida de Cristo. Entonces se echan los cimientos a la historia de Israel, a la de Cristo, a la de la Iglesia. Todavía vivimos de esta esperanza que Dios despertó en Abraham: en la esperanza de otra patria, de un "cielo nuevo" y una "tierra nue-

va", de la salvación de los pueblos. Si la esperanza de Abraham se fundaba en la palabra de Dios, la nuestra se apoya en la realidad que se nos ha revelado en Cristo.

La vocación de Abraham significa una *ruptura* con su vida anterior, incluso con su vida religiosa (es natural que Abraham participara en el culto religioso de su pueblo hasta que Dios le llamó); significa, además, el *comienzo* de una nueva existencia, incluso en el orden religioso; desde ahora debe obedecer al Dios vivo y verdadero (Mahoma se dió cuenta de esto y por eso funda en Abraham el monoteísmo, *Corán*, Sura 31).

La Biblia atestigua suficientemente que hubo cierta *conexión* entre la religión anterior y la nueva fe de Abraham en el Dios vivo. El encuentro de Abraham con el misterioso Melquisedec, sacerdote y rey de Salem, puede entenderse como expresión de esa relación entre ambas religiones. Se puede ver en Melquisedec un representante de esa religión natural antigua, de Noé, superada por la Alianza de Abraham. Mientras la antigua y natural vinculación del hombre a Dios, tal como fué instituída por Noé, había degenerado por todas partes en idolatría (*Rom.* 1, 23), Melquisedec era todavía fiel a ella y la fomentaba. Sorprende que Melquisedec esté, según la Epístola a los Hebreos, por encima de Abraham: su sacerdocio es universal, y por eso se asemeja más al de Cristo que el del pueblo escogido (*Hebr.* 7, 7-20). Verdad es que el llamamiento de Abraham debía ser para salud de todos los pueblos; pero antes de eso él y su descendencia fueron apartados de la comunidad de los demás pueblos para que se acentuara más la santidad y grandeza de Dios, por una parte, y el abandono y pecado de los hombres, por otra.

En Melquisedec se encuentran la religión natural, no degenerada por el orgullo de los hombres, y el impulso divino de la religión histórica, cuyo representante era Abraham. El encuentro de ambas religiones es de importancia fundamental. La "religión natural" puede no reconocer la religión histórica, apelando a su propio carácter de revelación. Esta fué en general la postura de las religiones extrabíblicas. Hay otra posibilidad, y es que la religión natural se considere como precursora de la fe de Abraham y, por tanto, desaparezca de la Historia al aparecer ésta, o mejor, que, desapareciendo, se incorpore a ella. Melquisedec saludó a Abraham en el nombre de Dios: la antigua religión reconoció la nueva fe; y aún más: en el sacrificio de pan y vino, puso a disposición de esa nueva fe todos sus dones; así, la nueva fe llenó la vieja religión, la incorporó y la superó.

II. El *fin* de Dios al preparar la Encarnación es la educación de la humanidad para Cristo. La humanidad debía acostumbrarse poco a poco a la presencia de Dios en su centro, en su pensar y querer, hasta que fuera apta para recibir al mismo Dios. Cuando estuvo madura, apareció el Hijo de Dios en la historia de los hombres. A este respecto, dice San Irineo: "Dios creó al hombre en el principio movido por su amor, escogió los patriarcas para que por ellos se salvase el pueblo, al que instruyeron y enseñaron a seguir a Dios; envió más tarde los profetas para que mantuvieran vivo el espíritu y la comunidad con Dios. El, que no necesitaba de nadie, obsequió con su compañía a los que le necesitaban y a los que le fueron aceptos les mostró el plan de la Redención. Sin que se dieran cuenta, los llevó a Egipto y les dió en el desierto la ley que les convenía y a los que penetraron en la tierra prometida, les dió su herencia... Verdaderamente, el Espíritu tiene muchos caminos, y rico y magnífico es el Padre. El Verbo sirvió a todos sin envidia, a los que se sometieron y dió a toda criatura la ley apropiada y congruente" (*Contra las Herejías* 4, 14, 2).

III. Cristo es la *plenitud de los tiempos* por ser el fin de los tiempos y por *llenar el tiempo de salvación y de la gloria de Dios* (*Eph.* 1, 10-23; *Gal.* 4, 4).

### *Cristo, fin de los tiempos*

a) Cristo es el *fin de los tiempos*. Todas las revelaciones anteriores son trascendidas en la revelación de Cristo; todas aluden a El; El las resume y revela su sentido último, de forma que sólo desde El pueden ser plenamente entendidas. "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (*Hebr.* 1, 1-2).

Las *genealogías*, citadas varias veces al comienzo de los Evangelios de San Mateo y San Lucas, tienen el sentido de situar a Cristo como fin de la revelación de Dios a través de los siglos, de subrayar la continuidad entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Las figuras citadas salen en larga procesión al encuentro de Cristo, como los profetas en los pórticos de las Iglesias medievales. Del sentido de las genealogías, habla San Irineo: "San Lucas muestra cómo las generaciones que van desde la generación del Señor hasta

Adán comprenden setenta y dos series. Une así el fin con el principio, atestiguando que es el Señor el que reúne así, a todos los pueblos, desparramados sobre la faz de la tierra, en la variedad de lenguas y de estirpes, resumiéndolas a todas con Adán en sí (*Adversus Haereses III, 22, 3*).

Cristo es el *Esperado* en todo el AT; allí se habla de El como del que va a venir. El AT es la prehistoria de Cristo, en la que en cierta manera se traslucen los rasgos de su vida. La figura de Cristo proyecta su sombra en el AT en una rara inversión del ejemplarismo griego y del pensamiento natural, que conocen tan sólo las sombras de lo que realmente existe. Aquí la aurora es el reflejo del día: el Antiguo Testamento es la irradiación del Evangelio. (*Hebr. 10, 1; Rom. 5, 14; Gal. 3, 16; I Cor. 10, 6; Col. 2, 17*). Según esto, todo el AT es un texto profético, cuyas *palabras* y *signos* se cumplen en Cristo.

### *Cristo, prometido en la palabra.*

1. De que las palabras del AT se cumplen en Cristo hay en el Nuevo, no sólo testimonios concretos, sino continuos. Este pensamiento es el *leit motiv* del Evangelio de San Mateo, de la Epístola de Santiago y de la Epístola a los Hebreos. El AT anuncia a Cristo y a su reino.

*aa)* Esta relación domina los *Sinópticos* y *Hechos de los Apóstoles*. Según San Marcos, debía ocurrir en Cristo lo que ocurrió para que se cumplieran las Escrituras (*Mc. 14, 19; 15, 28*). En San Lucas leemos palabras de María; según ellas, en la Encarnación se realiza la misericordia de Dios anunciada a los padres y a Abraham (*Lc. 1, 54*). En Cristo se reveló lo que fué deseado por los reyes y profetas, sin que les fuera dado verlo (*Lc. 10, 24*). A los discípulos de Emmaús les abrió Cristo el sentido de la Escritura, mostrándoles a la mano de Moisés y de todos los profetas, que la Escritura habla de El, y demostrarles, según los profetas también, que Cristo debía sufrir todo aquello para entrar en su gloria (*Lc. 24, 25-32*). El camino seguido por Cristo desde el principio estaba previamente descrito en la Escritura (*Lc. 22, 37*). Si los judíos hubieran creído en los profetas, testigos de la revelación de Dios, tendrían que haber creído en El (*Lc. 24, 25-32*). Según los *Hechos de los Apóstoles*, los profetas atestiguan que el que cree en Cristo recibe el perdón de los pecados (*Act. 10, 43*). San Pablo

pudo defenderse ante el rey Agripa diciendo que no había predicado otra cosa que lo que los profetas anunciaron que había de ocurrir (*Act. 26, 2*; cfr. *17, 2*; *28, 23*).

San Pedro, en el sermón de Pentecostés, predica que los profetas habían anunciado ya los días de la venida de Cristo y su segunda venida (*Act. 3, 19-25*). Los hijos de los profetas y de la Alianza traicionaron su causa al rechazar a Cristo. Si le reconocen, reconocen a la vez su propia historia fundada por Dios.

*bb)* Lo mismo podemos ver en San Juan: Los discípulos reconocen a Cristo como el Mesías del que escribieron Moisés y los profetas (*Io. 1, 41-45*). Cristo mismo se reivindica como Aquel de quien hablan las Escrituras (*Io. 5, 39*). Por eso Moisés mismo acusará a los incrédulos judíos ante Dios; si creyeran a Moisés, creerían en Cristo; pues Moisés de El escribió (*Io. 5, 45-47*). De El hablaba Isaías (*Io. 12, 41*) y Abraham se regocijó al ver en espíritu el día del Mesías, porque nacería de su descendencia (*Io. 7, 25*).

*cc)* *San Pablo* dice a los romanos que por medio de los profetas nos anunció Dios la Buena Nueva, cumplida en Cristo (*Rom. 1, 2*). La Ley y los profetas dieron testimonio de la salud (*Rom. 3, 21*). Cristo es el fin de la Ley (*Rom. 10, 4*) y por eso la Ley es la pedagoga y aya para llegar a Cristo (*Gal. 3, 19-24*). La Ley cumple esta tarea manteniendo despierta en el hombre la conciencia de pecado y debilidad, la nostalgia y anhelo del Mesías prometido por Dios. Es un recuerdo duradero de los divinos derechos de dominio y al mismo tiempo de su misericordiosa bondad, cuando impone los deberes a cumplir, para que la vida no sea devorada por la muerte, para que la muerte sea superada. En la Ley, Dios exige obediencia, pero tal obediencia es para la salvación. El que obedece no padecerá ni el deshonor ni la ignominia, ni los tormentos de conciencia y es, por tanto, la alegría del piadoso (*Ps. 119, 14. 31*; *Ps. 1, 2*). Aunque, como toda gracia divina, sea una carga; le recuerda al hombre la santidad de Dios y su propia imperfección; despierta en él la vivencia de la dignidad regia de Dios y de su propia desobediencia; ha sido dada como prueba (*Dt. 13, 4*; *8, 2*) y a la vez es ocasión continua de fracaso, lo que nos hace conscientes de nuestra insuficiencia. Nos despierta del sueño del pecado; mantiene la intranquilidad en la conciencia, empujándola continuamente hacia Dios, que nos prometió la salud y la salvación. La Ley es, pues, preparación de la salvación, porque obliga al

ojo y al corazón a mirar la humana propensión al pecado, para desde allí remontarse a Dios, en quien tienen su patria la salud y la justicia. Cristo es el cumplimiento y la confirmación de las profecías (*Rom.* 15, 8). “Cuántas promesas hay de Dios, son en El sí; y por El decimos amén, para gloria de Dios en nosotros” (*II Cor.* 1, 20). El AT fué escrito para nosotros, para la Iglesia, para este momento en el que el tiempo del mundo ha conseguido ya la plenitud y su fin (*I Cor.* 10, 11; 9, 9; *Rom.* 4, 23-24). Sólo desde Cristo puede ser correctamente entendido el AT; sólo es un libro de vida para aquellos que lo conciben como testimonio de Cristo (*Io* 5, 39). Según San Pablo, hay un velo sobre el corazón de los judíos, que les impide entender el sentido de su propia Escritura; el pueblo escogido no se comprende a sí mismo al no entender su propia historia fundada por Dios. Quien desvincule de Cristo el AT, lo entenderá mal y lo tendrá por un mito, entre los demás mitos (*II Cor.* 3, 13-14).

*dd)* En la Epístola de San Pedro se resume todo esto: “Acercas de la salud de las almas inquirieron los profetas, que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el Espíritu de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fué revelado que no a sí mismo, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron, movidos del Espíritu Santo, enviados del cielo, y que los mismos ángeles desean contemplar” (*Pet.* 1, 10-12) Y así, dice Lactancio que “propiamente no hay dos Testamentos, porque el Nuevo no es más que el cumplimiento del Antiguo y ambos dan testimonio del mismo Cristo” (*Just. div. lib.* 4, cap. 20, n. 5).

### *Prefiguración de Cristo en el Antiguo Testamento.*

2. Hemos visto que las palabras del AT aluden a Cristo; también sus *figuras* y *acontecimientos* tienen el mismo carácter profético. San Agustín dice del AT: “En la realidad misma y en los sucesos y no sólo en la palabra, debemos buscar el misterio del Señor” (*Insp.* 68, 2, 6); y Ruperto de Dacia, teólogo alemán de los primeros tiempos de la Escolástica, dice: “Los acontecimientos están llenos de misterios proféticos” (*Migne*, PL 167, 1.245 D).

Indiquemos algunos detalles concretos:

a) La paternidad de Adán es tipo de la futura paternidad de

Cristo (*Rom.* 5, 14). El primer Adán alude al segundo y se trasciende en El; si en un momento la historia decidió su camino por la desgracia, en otro se decidió por la salud (*Rom.* 5, 15-21; *I Cor.* 10, 6-11; 15, 21-22, 45, 55; *Gal.* 4, 22-31). Atención especial dedica San Pablo al carácter profético de la historia de Abraham (*Gal.* 3; *Rom.* 4). Si Adán es prefiguración en sentido negativo de la acción futura de Dios, Abraham lo es en sentido positivo; se traspasa a sí mismo y traspasa el tiempo de la Ley hasta la justificación en el símbolo de la Cruz (*Gal.* 4, 21-31; 3, 14; *II Cor.* 5, 14-15). También Jonás es prefiguración del Hijo del Hombre (*Lc.* 11, 29-30; *Io.* 3, 14; 6, 3-4).

Abraham recibió la "Buena Nueva" de que en él serían bendecidos todos los pueblos (*Gal.* 3, 8). Ese "evangelio" se hizo realidad en Cristo, ya que por El "se extenderá la bendición de Abraham a todas las gentes y por la fe en El recibiremos la promesa del Espíritu" (*Gal.* 3, 14). San Pablo es el heraldo de este evangelio, dado primeramente a Abraham y realizado en Cristo y que se predicará hasta el fin de los siglos. Es natural, según esto, que en la Epístola a los Hebreos se considere a Abraham como el principio y el símbolo de la verdadera fe, que el teólogo judío Filón dedicara un tratado a la emigración de Abraham, que los Padres de la Iglesia, por ejemplo, San Gregorio de Niza (*Contra Eunomio*, 22, PG 44, 940) viera en él ejemplo del alma que va desde este mundo hasta Dios, que el mismo Pascal, por fin, al sentir el fuego de la presencia de Dios, le caracterizara como Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

### *Cristo y el sacerdocio del Antiguo Testamento.*

β) El *sacerdocio*, la *realeza* y el *profetismo* del AT son también prefiguración de Cristo y aluden, por tanto, a un sacerdocio, realeza y profetismo futuros.

aa) El *sacerdocio* del AT se realizó en distintas figuras: la función sacerdotal fué transmitiéndose de unos a otros. Uno tras de otro murieron los sacerdotes; continuamente fueron necesarios nuevos varones que aceptaran el oficio sacerdotal, para que no enmudecieran las preces y sacrificios por el perdón de los pecados. A pesar de la ininterrumpida cadena, ninguno pudo lograr en realidad el suplicado perdón. En las plegarias y sacrificios se mantuvo viva la esperanza de un tiempo futuro. Cristo está al

fin de la serie, como sacerdote prefigurado por todos los anteriores, en quien tiene plena realidad todo lo que significa el ser sacerdote: su sacerdocio es perfecto (*Hebr. 7*).

*bb)* Del mismo modo los profetas son precursores y enviados de Cristo, predicadores de la palabra divina, que tiene su resumen y punto culminante en Cristo (*Hebr. 1, 14*). El destino de los profetas prefigura el de Cristo: su historia de dolor es la introducción a la Pasión. Los hijos de Israel escarnecieron a los enviados de Dios, despreciaron sus palabras y se burlaron de ellos (*II Par. 36, 16; II Reg. 19, 2-18; Ex. 17, 4; 32, 9; Num. 14, 10; 17, 14; Ier. 6, 10; 9, 25; 11, 19; Is. 40*). Desde Abel a Zacarías, mataron a todos los profetas (*Lc. 11, 49-52*). En todos ellos está prefigurada la Cruz. Todo lo que los profetas anunciaron de Cristo se resume en *Juan Bautista*: Moisés vió de lejos la tierra prometida y Juan sólo de lejos vió el reino (*Lc. 7, 28; Io. 3, 27-30*). El último y más grande de los representantes del AT saluda al Prometido desde lejos y muere. Es precursor en su venida, en su palabra y en su muerte: en él se prefigura cruentamente la Cruz al final del AT y comienzo de la nueva Era. Así es interpretado el Bautista en el retablo de Isenheim: con sus largos dedos está apuntando a la Cruz. El debe crecer y yo disminuir. Porque Cristo es más que todos los enviados; la lucha contra Dios mantenida a través de la historia de la salvación tiene su punto máximo y su triunfo más rotundo en la muerte de Dios. Y entonces se agotará la paciencia divina (*Mc. 2, 1-11; Lc. 11, 50; 13, 45; Act. 7; Hebr. 11-12*). (Véase también E. Stauffer, *Die Theologie des NT*, 81.)

### *Cristo y la realeza del Antiguo Testamento.*

*cc)* El rey es la forma más importante en que fué prefigurado el Mesías. La historia de las religiones ha puesto en claro hasta qué punto en las mentalidades primitivas tiene significación religiosa el rey o príncipe; es la aparición de lo divino en la tierra. Simultáneamente es representante del pueblo de tal manera que no siempre es fácil distinguir al rey del pueblo. Y así, la causa del rey es causa del pueblo, la victoria, victoria; la derrota, desgracia; el triunfo, orgullo y ornato; si el rey es piadoso, Dios es favorable al pueblo, pues en él todos son piadosos; pero si es ateo, acarrea la justicia de Dios sobre su pueblo, pues su culpa se extiende a todos

(L. Dürr, *Ursprung und Ausbau der israelitisch-jüdischen Heilands-erwartung*, 1925, 60-62).

Los israelitas tienen esa concepción y anhelan un rey como el de los pueblos y tribus vecinas (*I Sam.* 8). Cuando Dios se le dió, fué aceptado como representante de El, pero no del mismo modo que en los pueblos paganos. Los reyes le fueron concedidos a Israel en circunstancias especiales: eran enviados, servidores y representantes de Dios de manera muy peculiar; no lo fueron de una figura divino-mítica, sino del verdadero Dios: Yavé. Se les llamó *ungidos* del Señor (*I Sam.* 2, 10; 12, 3; *Ecle.* 46, 19; *Ps.* 88 [89], 39; *Ps.* 2, 2).

Por ellos se realizó la obra de salvación preparatoria de la obra salvífica de Cristo, el Ungido. Todos los reyes del AT se trascienden en Cristo; El es el Rey y Ungido al que todos significaron.

En los más viejos textos del AT se promete un poderoso que hará salvación con poderes recibidos de Dios. Jacob, al bendecir a sus hijos, profetiza a Judá, su cuarto hijo, la dirección de todos los pueblos: "Tú en verdad eres Judá; te alabarán tus hermanos. Tu mano pesará sobre la cerviz de tus enemigos. Postraránse ante ti los hijos de tu padre. Cachorro de león, Judá; de la presa subes, hijo mío; posando, te agachas como león, como leona. ¿Quién le hostigará para que se levante? No faltará de Judá el cetro, ni de entre sus pies el báculo, hasta que venga aquél cuyo es, y a él darán obediencia los pueblos. Atará a la vid su pollino, a la vid generosa el hijo de la asna; lavará en vino sus vestidos, y en la sangre de las uvas su ropa. Brillan por el vino sus ojos, y de la leche blanquean sus dientes" (*Gen.* 49, 8-12). El caudillaje prometido a la tribu de Judá fué realidad concreta en David. Pero al caudillaje de Judá se le promete duración hasta que alcance solidez definitiva en aquél a quien pertenece el cetro. Este versículo (10) es el pasaje más antiguo de la Escritura, de los que hablan de un Mesías personal. El contexto y su historia demuestran que no es, como quieren algunos investigadores tendenciosos, una interpolación, sino parte original del libro. Más aún: da la impresión de estar unido a esperanzas y representaciones todavía más antiguas, de tal manera que supone que el lector le entienda a pesar de la oscuridad del estilo. Se promete un poderoso para el fin de los tiempos, que dé pleno y propio sentido al reinado de David. Su dominio no se limitará a las tribus de Israel, sino que abarcará a todo el mundo, incluso a los pueblos paganos. Traerá riqueza y seguridad, lo que no es más que un modo del lenguaje oriental, que alude a la realidad.

Este rey-salvador cabalgará sobre un asno, animal entonces muy considerado (*Ju.* 5, 10; 12, 14; *Zac.* 9, 9) y alude a los propósitos pacíficos; propósitos que merecen para el rey el nombre de "príncipe de la paz". (*Zac.* 9, 9; *Gen.* 49, 11-12). El vino crecerá en su reinado de paz en gran cantidad y espontáneamente. Habrá tanto vino como agua y podrán lavarse las ropas en él (cfr. *Am.* 9, 13; *Jl.* 4, 18; *Is.* 25, 6; y Dürr, *o. c.*, pág. 64-68).

Sentido semejante tiene la cuarta bendición de Balam. Tres veces había bendecido Balam a las tribus de Israel. El rey amalecita Balac, que le había llamado para maldecir a las tribus que aparecían amenazadoras junto a sus fronteras, estaba irritado y arrojó de su presencia al profeta de la desgracia: "Respondióle Balam: ¿No dije yo a tus mensajeros: Aunque me diera Balac su casa llena de plata y oro, no podré yo contravenir la orden de Dios, haciendo por mí mismo cosa alguna, ni buena ni mala, contra sus órdenes, y solamente lo que Yavé me diga, eso le diré? Ahora, pues, que voy a irme a mi pueblo, ven que te diga lo que este pueblo ha de hacer al tuyo al fin de los tiempos. Y volviendo a tomar la palabra, dijo:

Oráculo del hombre de los ojos cerrados; oráculo del que oye palabras de Dios, del que conoce los consejos del Altísimo, del que ve visiones del Omnipotente, de quien, al caer, se le abrieron los ojos. La veo, pero no ahora; la contemplo, pero no de cerca. Alzase de Jacob una estrella, surge de Israel un cetro, que aplasta los costados de Moab y el cráneo de todos los hijos de Set. Edom es su posesión; Seir, presa de sus enemigos; Israel acrecienta su poder. De Jacob sale el dominador, que devasta de las ciudades las reliquias" (*Num.*, 24, 12-19).

El profeta ve en el futuro una figura salvadora como estrella y como cetro. En el antiguo oriente—Babilonia, Egipto y también los cristianos—, era costumbre comparar a los reyes con estrellas, sobre todo con el Sol. Según Isaías, 14, 12, la estrella es la imagen del rey de Babilonia; la Iglesia primitiva celebró a Cristo en figura de sol; según el Apocalipsis (22, 16), Cristo es el lucero de la mañana. El cetro es atributo del poder regio (cfr. Dürr., *o. c.*, pág. 62 y siguientes).

La bendición de Balam es una profecía mesiánica del fin de los tiempos. En la expresión "el fin de los tiempos" y en el tono misterioso, aparece evidente. Moabitas y edomitas, vencidos temporalmente por David, rebeldes y vencedores después, son representantes de los enemigos del pueblo de Dios en el tiempo mesiánico (cfr. *Is.* 25, 9-11; 34, 5-15; 63; *Ez.* 35; *Aabd.* 18).

Aunque las bendiciones de Jacob y Balam prometan un salvador para el fin de los tiempos, podría verse a David *rey salvador*, como un cumplimiento precursor de esas promesas. De hecho, así fué interpretado el reinado de David: ordenó el interior, hizo paz con los enemigos, convirtió a Jerusalén en nuevo centro religioso. Dios, rey de los cielos, obra por medio de él: David es su Ungido (cfr. § 140). Las acciones de David son acciones de Dios y la lucha contra el uno lo es contra el otro. Los enemigos de David son increpados por Dios: “¿Por qué se amotinan las gentes y trazan las naciones planes vanos? Se reúnen los reyes de la tierra y a una se confabulan los príncipes contra Yavé y contra su Ungido: rompamos sus coyundas, lejos de nosotros arrojemos sus ataduras. El que mora en los cielos se ríe, Yavé se burla de ellos. A su tiempo les hablará en su ira y los consternará en su furor. Yo he constituido mi rey sobre Sión, mi monte santo. Voy a promulgar su decreto: Yavé me ha dicho: “Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo. Pídemme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra. Podrás regirlos con cetro de hierro, romperlos como vasija de alfarero.” Ahora, pues, ¡oh reyes, obrad prudentemente; dejaos persuadir, rectores todos de la tierra. Servid a Yavé con temor, rendidle homenaje con temblor. No se aire y caigáis en la ruina, pues se inflama de pronto su ira. ¡Venturosos los que a él se acogen” (Ps. 1, 2). Los Hechos de los Apóstoles (4, 25) consideran este salmo como alusión de David a Cristo (cfr. *Decreto de la Comisión Bíblica*, de 1 de mayo de 1910). Aunque el texto primordialmente y de un modo directo tiene validez para David, ungido por Dios, claramente alude al *Ungido* de verdad, en el que se cumple lo empezado por David: la promesa salvadora de Dios y la esperanza del pueblo, vinculada a figura de un príncipe. Renueva y termina lo que, empezado por David, fracasó más tarde en manos de sus seguidores renegados (Is. 9, 6).

La creencia de que en Cristo se cumplió el reinado davídico, se apoya en numerosos textos del Antiguo Testamento que hablan de la duración eterna del reinado de David. Así dice el Señor Sebaot a su siervo David: “Y que cuando se cumplieren tus días y te duermas con tus padres suscitaré a tu linaje, después de ti, el que saldrá de tus entrañas y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre y yo estableceré su trono para siempre. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Si obrare el mal, yo le castigaré con varas de hombres y con azotes de hijos de hombres; pero no se apartará de él mi misericordia, como la aparté de Saúl, arrojándole de delante

de ti. Permanente será tu casa para siempre ante mi rostro, y tu trono estable es por la eternidad" (*II Sam.* 7, 12-16) (*I Par.* 17, 11-14; 22, 9; *II Sam.* 23, 1-7). Se repite en el salmo 88 [89], versículos 20 al 38: "He dado mi ayuda a un valiente, he alzado en la nación a un valeroso. He hallado a David, mi siervo, lo he ungido con mi óleo consagrado. Mi mano le sostendrá con firme apoyo y mi brazo le hará fuerte. No le vencerá enemigo, no le abatirá inicuo. Destruiré ante él a sus enemigos y quebrantaré a los que le aborrecen. Serán con él mi verdad y mi misericordia y en mi nombre se alzarán su poder. Pondré sus manos sobre el mar y su diestra en los ríos. El me invocará, diciendo: "Tú eres mi padre, mi Dios, la roca de mi salvación." Y yo le haré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Yo guardaré eternamente con él mi misericordia, y mi alianza con él no será rota. Haré subsistir por siempre su descendencia y su trono mientras subsistan los cielos. Si traspasan sus hijos mi ley, y no siguen mis mandatos, si violan mis preceptos y no hacen caso de mis mandamientos, yo castigaré con vara sus rebeliones y con azotes sus pecados. Pero no apartaré de él mi piedad ni faltaré a mi fidelidad. No quebrantaré mi alianza y no retractaré cuanto ha salido de mis labios. Una cosa he jurado por mi santidad y no romperé la fe a David. Su descendencia durará eternamente y su trono durará ante mí cuanto el sol. Y como la luna permanecerá eternamente y será testigo fiel en el cielo" (*Ps.* 88 [89], 20-38) (también *Ps.* 131 [132], 11-18).

Así se convirtió David en imagen e ideal de un rey eterno. El pueblo deseó su vuelta en los tiempos de decadencia. Ante su imagen rebrotó siempre la fe y la confianza de que Dios enviaría en el futuro un rey-salvador, descendiente de David, que completara su obra. *David y las esperanzas puestas en él representan un paso decisivo en la preparación del Redentor.*

Los profetas anunciaron al Redentor como vástago de David, como Ungido de Dios, de quien son precursores todos los demás ungidos. Por boca de Oseas, dice el Señor: "Porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey, sin jefes, sin sacrificio y sin cipos, sin efod y sin terafim. Luego volverán los hijos de Israel y buscarán a Yavé, su Dios y a David, su rey, y se apresurarán a venir, temerosos, a Yavé y a sus bienes al fin de los días" (*Os.* 3, 4-5). (Véase también *Miq.* 4, 7; *Dan.* 7, 14).

Quien más habla de esto es Isaías. Mientras es extirpado el rey asirio y su ejército, como se tala un enorme bosque, llega a Israel un rey nuevo, al que se le compara a un vástago, nacido en el

tronco de Jessé, como David. “Y brotará una vara del tronco de Jessé, y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé. Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé. No juzgará por vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío” (*Is.* 11, 1-4). Del mismo modo que el Espíritu de Dios vino a los caudillos de Israel (a Gedeón, *Jue.* 6, 34; a Saúl. *1 San.* 11, 6) y les dió fuerzas sobrehumanas, así el Espíritu descenderá sobre el Mesías y no transitoriamente, sino en posesión perpetua y en la plenitud de los dones; impulsado por esa fuerza del Espíritu establecerá un reino de paz, que atraerá a todos los pueblos (*cfr.* *Is.* 9, 6; 43, 3; 48, 1).

El Mesías es garantía y plenitud del plan salvador; quien crea en El, puede y debe entregarse a Dios sin reserva. Cuando el rey Ajaz estuvo en la difícil situación de la guerra sirio-eframita (735-734) Isaías le amonestaba a confiar en Dios: “Sucedió en tiempo de Ajaz, hijo de Joatam, hijo de Ozias, rey de Judá, que Rasín, rey de Siria y Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla, pero no pudieron tomarla. Y tuvo noticias la casa de David, de que Siria y Efraim se habían confederado, y tembló su corazón y el corazón del pueblo, como tiemblan los árboles del monte a impulsos del viento. Entonces dijo Yavé a Isaías: “Sal luego al encuentro de Ajaz, tú y tu hijo Sear-Yasub, al cabo del acueducto de la piscina Superior, camino del campo de Batanero, y dile: “Mira bien, no te inquietes, no temas nada y ten firme corazón ante estos dos cabos de tizonas humeantes, ante el furor de Rasín, el sirio, y del hijo de Romelía, ya que la Siria ha resuelto tu ruina, con Efraim y el hijo de Romelía, diciendo. Marchemos contra Judá, apoderémonos de él, enseñoreémonos de él y démosle por rey al hijo de Tábel”. He aquí lo que dice el Señor, Yavé: “Eso no se logrará, no será así, porque la cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco, Resín, y la cabeza de Efraim es Samaria, y la cabeza de Samaria el hijo de Romelía. Vosotros, si no tuviereis fe, no permaneceréis” (*Is.* 7, 1-9). Ajaz es difícil de convencer. Confía más que en Yavé en los aliados poderosos, en la habilidad diplomática y en la fuerza de sus guerreros. Yavé no entra en sus cálculos. Para conmoverle, le da Isaías una señal de Dios: “Pide a Yavé. tu Dios, una señal, o de abajo en lo

profundo o de arriba en lo alto. Y contestó Ajaz: "No la pediré, no quiero tentar a Yavé. Entonces dijo Isaías: "Oye, pues, casa de David: ¿Os es poco todavía molestar a los hombres que molestáis también a Dios? El Señor mismo os dará por eso la señal; he aquí que la virgen grávida da a luz un hijo y le llama Emmanuel. Y se alimentará de leche y miel hasta que sepa desechar lo malo y elegir lo bueno. Pues antes que el niño sepa desechar lo malo y elegir lo bueno, la tierra por la cual temes de esos dos reyes será devastada. Hará venir Yavé sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde que Efraim se separó de Judá" (Is. 7, 10-17). Ajaz rechaza esa señal de Dios, en apariencia por temor de Dios, pero en realidad por ateísmo. La ayuda de Dios es para él una ilusión y no vale la pena esforzarse por ella; así provoca la ira de Dios. Contra su voluntad se le dará la señal prometida, signo a la vez de salvación y de condenación, signo del castigo de Dios sobre la incrédula casa real. El niño que traerá la salud al pueblo fiel nacerá de una virgen (en hebreo *almah*, es decir, doncella núbil, intacta). En su juventud habrá la más amarga miseria: El comerá el pan de la necesidad. Pero su nombre "Emmanuel", es decir, "Dios con nosotros", significará la salvación que viene con El. Toda la desgracia tiene origen en la lejanía de Dios y la salud depende de que Dios habite de nuevo entre los hombres. Cuando venga "Emmanuel", el niño prometido para el futuro, los hombres podrán levantar confiadamente su cabeza. Quien confíe en ese futuro, no temblará ante la desgracia, ni buscará consejo en los fantasmas. "Así me ha hablado, Yavé, mientras se apoderaba de mi mano y me advertía que no siguiese el camino de este pueblo. Me dijo: No llaméis conjuración a lo que este pueblo llama conjuración. No tengáis miedo ni temor de lo que él tema; a Yavé Sebaot habéis de santificar, a El habéis de temer, de El tener miedo. El será piedra de escándalo y piedra de tropiezo para las dos casas de Israel, lazo y red para los habitantes de Jerusalén. Y muchos de ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados, y se enredarán en el lazo y quedarán cogidos. Guardaré el testimonio, sellaré esta enseñanza para mis discípulos y esperaré a Yavé que oculta su rostro a la casa de Jacob. En El esperaré. Henos aquí a mí y a mis dos hijos, que me dió Yavé, como señales y presagios en Israel, de parte de Yavé Sebaot, que mora en el monte de Sión. Y todavía os dirán, sin embargo: Consultad a los evocadores y a los adivinos, que murmuran y susurran: ¿No debe un pueblo consultar a sus dioses y a sus muertos sobre

la suerte de los vivos para conocimiento y testimonio? Seguramente eso es lo que os dirán. Noche sin aurora, tribulación y hambre invadirán la tierra, y enfurecidos por el hambre maldecirán a su rey y a su Dios. Alzarán sus ojos arriba, luego mirarán a la tierra, pero sólo habrá angustia y tinieblas, oscuridad y tribulación. Mas se pasará la noche y ya no habrá tinieblas para el pueblo que andaba en angustia. Como al principio cubrió de oprobio a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí, a lo último llenará de gloria el camino del mar y la otra ribera del Jordán, la Galilea de las gentes. El pueblo que andaba en tinieblas vió una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte, resplandeció una brillante luz. Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante ti, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que reparten la presa. Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cuello, la vara del exactor, como en el día de Madián. Ya han sido echados al fuego y devorados por las llamas los zapatos jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía y que se llamará maravilloso consejero, Dios fuerte, padre sempiterno, príncipe de la paz, para dilatar el imperio y para un paz ilimitada, sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia, desde ahora para siempre jamás. El celo de Yavé Sebaot hará esto" (*Is.* 8, 11-9, 6). (Véase también 8, 10; 2, 5-6).

El niño anunciado (7, 44) traerá alegría y paz. La luz es imagen de salvación y salud (*Is.* 42, 6; 49, 6; *Mt.* 4, 16). Al niño se le dan cuatro nombres de honor: *Milagro en el consejo*, porque al contrario que Ajaz, conoce y obra lo justo y lo más beneficioso; *Dios fuerte*, porque tiene poder para vencer las fuerzas antdivinas; *padre eterno*, porque entre El y el pueblo liberado, habrá una perenne relación paternal; *príncipe de la paz*, porque bajo su reinado se destruirán todos los signos e instrumentos de guerra y será garantizada la paz por su fuerza y sentimientos (cfr. *Ios.* Ziegler, Feldmann y Joh. Fischer para estos textos).

*Miqueas* anuncia el lugar donde nacerá el futuro Ungido: "Pero tú, Belén de Efrata, pequeño para ser contado entre las familias de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad. Los entregará hasta el tiempo en que la que ha de parir parirá, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel, y se afirmará y apacentará

con la fortaleza de Yavé y con la majestad del nombre de Yavé, su Dios; y habrá seguridad, porque su prestigio se extenderá hasta los confines de la tierra" (*Miq.* 5, 2-4). Belén es la patria de David (*Sam.* 17, 12; 20, 6). También se caracteriza al Mesías como perteneciente a la casa de David (véase *Am.* 9, 11; *Os.* 3, 5).

*Jeremías* dice estas palabras de parte de Yavé (23, 5-8): "He aquí que vienen días, palabras de Yavé, en que yo suscitaré a David un vástago de justicia, que, como verdadero rey, reinará prudentemente y hará derecho y justicia en la tierra. En sus días será salvado Judá, e Israel habitará en paz, y el nombre con que le llamarán será éste: "Yavé, nuestra justicia." Por eso vendrán días, palabra de Yavé, en que no se dirá ya: "Vive Yavé, que sacó de la tierra de Egipto a los hijos de Israel," sino más bien: "Vive Yavé, que sacó y condujo al linaje de Israel de la tierra del aquilón y de todas las otras a que los arrojó, y los hizo habitar en su propia tierra" (Véase también 30, 9; 33, 15). El futuro rey salvador es, por tanto, David resucitado.

*Ezequiel* profetiza entre sus compañeros de cautividad en Babilonia: "Suscitaré para ellas un pastor único, que las apacentará. Mi siervo David, él las apacentará, El será su pastor. Yo, Yavé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellas" (*Ez.* 34, 23-24).

La promesa que el ángel de Dios hace al sacerdote Josué también debe referirse al vástago de David (*Zac.* 3, 8): "Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan delante de ti. Sois varones de presagio. He aquí que yo hago venir a mi siervo Germen". Poco más adelante es caracterizado como rey: "Alégrate con alegría grande, hija de Sión. Salta de júbilo, hija de Jerusalén. Mira que viene a ti tu rey Justo y salvador, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna. Extirpará los carros de guerra de Efraim y los caballos en Jerusalén, y será roto el arco de guerra, y promulgará a las gentes la paz, y será de mar a mar su señorío y desde el río hasta los confines de la tierra" (*Zac.* 9, 9-10).

Con este fondo pueden entenderse ciertos textos del Nuevo Testamento en los que se llama a Jesús el Unguido (Cristo, Mesías), en los que se le canta como a rey (cfr. § 162) o se le atribuye el trono de su padre David y el dominio sobre la casa de Jacob para siempre (*Lc.* 1, 22-23; 2, 4; *Mc.* 12, 35-37; *Mt.* 23, 37-39; 21, 1-11).

*dd)* Al futuro príncipe de la paz le pertenece un pueblo nuevo y un nuevo reino: el mesiánico. Primero es la casa de Jacob, con sus fronteras geográficas concretas ese pueblo dominado y salvado por El; pero su dominio se extenderá a toda la Humanidad: tiene horizontes universales; se extiende de mar a mar y desde aquí hasta el fin de la tierra (véanse *Zac.* 9, 9; *Di.* 33, 17; *Miq.* 5, 3; *Ps.* 2, 8; *Ps.* 71 [72], 11; *Gen.* 49, 10). El pueblo de Israel es la base y punto de partida de la dominación universal de Cristo: al rey salvador se le atribuye el dominio del mundo. Se desarrolla progresivamente desde la casa de Jacob hasta llegar a todos los pueblos paganos. En el dominio universal del Mesías-Rey logra Dios su dominio sobre el mundo.

El reino mesiánico es universal, pero sirve a la realización del reino de Dios (sobre esto consúltese: H. W. Wolff, *Herrschaft Javes und Messiasgestalt im Alten Testament*, en "Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaft", Neue Folge, 13, 1936, 17 en contra de Eichrodt, *Theologie des Alten Testaments*, I, Leipzig, 1933, 262).

Cuando se nos describe el antiguo pueblo de Dios ante todo como la órbita preparada para el dominio del Mesías-Rey, tal pueblo se trasciende a sí mismo. Puede decirse que en el concepto viejotestamentario de Israel se significa inmediatamente "la totalidad de la descendencia de los hijos de Jacob, con la que se cerró el pacto del Sinaí. Pero ya la separación de las diez tribus del Norte de las otras dos que se quedaron al Sur, indica a las claras que aquella primera concepción del pueblo de Dios no es adecuada—según se ha de ver—para el pueblo de Dios o pueblo escogido del que se habla en el Nuevo Testamento. El pueblo sellado con la Alianza de Dios y que participa en su cumplimiento es un pueblo dentro de otro, por así decirlo. Nos movemos en el ámbito de la primera concepción cuando ahora consideramos a las tribus de Judá y Benjamín como el pueblo que junto con las tribus del Norte de Israel desaparecen de la historia con el tiempo. Ni siquiera las tribus de Judá y Benjamín es el pueblo sino que como dicen sus profetas es un resto santo de las tribus mismas convertidas y perdonadas por Dios a la hora de la justicia. ¿Quién pertenece a este resto? ¿Quién es ahora el pueblo de Dios? ¿Los miembros de una comunidad de creyentes que se agrupa alrededor del templo? ¿Los pocos justos que cumplen los preceptos de Yavé? Sí y no. Sí, porque de hecho hay que ver en primer término un pueblo así; no, porque la predicación y la esperanza proféticas no se limi-

tan a este pueblo; profetas posteriores—como Jeremías e Isaías—, hablan de un pueblo, de Jerusalén e incluso de Israel, como de una totalidad. El pueblo dentro del pueblo, el auténtico Israel, no se identifica ni con la totalidad de la descendencia de Jacob, ni con una parte de esa totalidad; el verdadero Israel, elegido, llamado y bendecido por Yavé, está sólo prefigurado en ambos pueblos, es su fin más allá de su historia. Este pueblo se es futuro a sí mismo, en el más riguroso sentido. Y primero hay que ver cuál es propiamente este pueblo (Karl Barth, *Die Kirchliche Dogmatik I, II*, 1938, 105-106). Es el Israel neotestamentario creado por Cristo.

ee) Al pueblo del Mesías-Rey le pertenece la tierra. También ahora podemos decir que cuando el Antiguo Testamento habla de la tierra primero prometida y concedida después al pueblo de Israel “se refiere directamente a la tierra de Caná, prometida a los patriarcas. Pero tampoco la dimensión geográfica, a pesar de sus condiciones, reúne todos los caracteres que expresa el contenido significativo de la tierra santa. Teniendo en cuenta que la descripción de esa tierra, que, según las profecías, mana leche y miel, se hace en tiempos en que la suerte de Caná no era nada envidiable, hay que entenderla como referida al paraíso perdido una y otra vez concedido para morada de ese pueblo: es la nueva tierra maravillosa en la que, llegada la hora, vivirá ese pueblo en medio de los otros en paz y alegría. Ciertamente es que se alude al país de Palestina, pero a través de él y en él se alude a aquel otro, invisible en la historia de Israel, porque es su fin y está más allá de ella, la tierra de Palestina espera justamente esta otra tierra” (*Ibid.* 106). La tierra esperada es esa tierra estrenada por la Resurrección de Cristo.

ff) Mediante el restablecimiento del reino de Dios, el Mesías-Rey logra la reconciliación entre Dios y los hombres. Su acción está también prefigurada en el Antiguo Testamento. El *año sabático* (año de reconciliación) representa, en primer lugar, un suceso de la historia de Israel. Según el Levítico (25, 8-9), deberá celebrarse cada siete veces siete años, empezando en el día de la reconciliación del último de los cuarenta y nueve años. Se anunciará a todo el país con voces de trompeta. En este año ni se sembrará ni se recogerá lo que dé por sí la tierra. A precio reducido les será a todos posible redimir las propiedades perdidas en esos cuarenta y nueve años. Ya Isaías ve en el año jubilar el año

de la gracia divina que el Ungido de Dios anunciará: “El espíritu del Señor, Yavé, descansa sobre mí, pues Yavé me ha ungido. Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón; para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados. Para publicar el año de la remisión de Yavé y el día de la venganza de nuestro Dios. Para consolar a los tristes y dar a los afligidos de Sión, en vez de ceniza, una corona; el óleo del gozo, en vez de luto; la gloria, en vez de la desesperación” (*Is.* 61, 1-3). Este año del perdón tiene su último sentido en el tiempo de la gracia instaurado por Cristo. El gran día de la reconciliación es, según la epístola a los Romanos (3, 23), prefiguración del día histórico de la Reconciliación—del Viernes Santo—, que inauguró una nueva situación en el mundo (*Hebr.* 9).

gg) La reconciliación entre Dios y los hombres está prefigurada en el símbolo del pacto de Dios con el hombre. El Mesías-Rey instaura una nueva Alianza (*Mt.* 26, 28); las antiguas aluden a ésta. Se desarrollan en estadios distintos y sucesivos, cada uno de los cuales se trasciende en el siguiente. La alianza con Noé se ordena a la de Abraham, que a su vez fundamenta la elección de Israel. Su cumplimiento transitorio está expresado en la alianza del Sinaí, en su orden fundado en el amor y dominio de Dios. La alianza es aceptada por los profetas: por Amós, Isaías, Jeremías, Ezequiel; pero en ellos se ve ya justamente que no ha encontrado su forma definitiva: es todavía algo externo, que será superado en el futuro. Todo lo que se dice de la Alianza hay que entenderlo con esa perspectiva: todo pacto hecho incluye la esperanza de otro más perfecto. Ninguno, ni siquiera el del Sinaí, se considera como definitivo. El pacto último parece radicarse más allá de todas las formas de alianza que encontramos en el Antiguo Testamento. La Alianza del Antiguo Testamento sólo se entenderá correctamente si se la considera como un proceso creciente, culminado y completo en Cristo.

hh) Aún hay que mencionar otro rasgo característico del Mesías-Rey. En El se rompen las fronteras nacionales de las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. Es el “siervo de Dios” lo que significa dependencia de Yavé y al mismo tiempo familiaridad con El: de El recibe misión y poderes. Siervo de Dios significa “hijo de Dios” más que esclavo de El; siervo de Dios son

los adoradores de Yavé, aquellos a los que el mismo Dios llama a su intimidad entre los que están aquellos hombres que tuvieron una misión importante confiada por Dios: Abraham, Isaías, Jacob, Moisés, Josué, David, Elías, Job, los profetas. El mismo pueblo—en cuanto totalidad—es designado a veces como “siervo de Dios” (cfr. *Is.* 41, 3-4; 43, 10; 44, 21).

En Isaías hay cuatro cantos al menos en los que se describe al Mesías-Rey como “siervo de Dios”: es el Elegido, el llamado por Dios, aquel en quien Dios ha puesto su mano, a quien ha confiado una misión difícil, a quien ha concedido también su beneplácito.

“He aquí a mi siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él, y él dará la ley a las naciones; no gritará, no hablará recio, no alzará su voz en las plazas; no romperá la caña cascada ni apagará la mecha humeante. Expondrá fielmente la ley, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca la ley en la tierra; las islas están esperando su doctrina. Así dice Dios: Yavé, que creó los cielos y los tendió, y formó la tierra y sus frutos, que da a los que la habitan el aliento, el soplo de vida a los que por ella andan. Yo, Yavé, te he llamado en la justicia y te he tomado de la mano. Yo te he formado y te he puesto por alianza para mi pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del fondo del calabozo a los que moran en tinieblas” (*Is.* 42, 1-7).

En el segundo y tercer canto, el mismo “siervo de Dios” expresa su conciencia de llamado, cuya fuerza y responsabilidad se manifiestan en el hecho de llamar a toda la tierra a que le escuche. Cuanto más alto es elevado por la confianza de Dios, tanto más pesa sobre El la mano de Dios. Deberá recorrer un camino de amargura, de tribulación y dolor, pero el Señor, que le mandó seguir un camino de lágrimas y sangre, le llevará hasta la victoria.

“¡Oídmme, islas! ¡Atended, pueblos lejanos! Yavé me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre. El hizo mi boca como cortante espada, El me guarda a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba. El me ha dicho: Tú eres mi siervo, en ti seré glorificado. Yo me decía: Por demás he trabajado, en vano y para nada consumí mis fuerzas, pero mi causa está en manos de Yavé, mi recompensa en las manos de mi Dios. Y ahora dice Yavé, el que desde mi nacimiento me formó para siervo suyo, para traer a él a Jacob, para congregarle Israel. Yavé me ha dado este honor, y El, mi Dios, será mi fuerza. Díjome: Poco es para Mí ser tú mi

siervo, para restablecer las tribus de Jacob y reconducir a los salvados de Israel. Yo te hago luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra. Así dice Yavé, el Redentor de Israel, su Santo, al menospreciado y abominado de las gentes, al esclavizado por los tiranos. Verante los reyes, y se levantarán; los príncipes, y se prosternarán, por la obra de Yavé, que es fiel, del Santo de Israel, que te ha elegido. Así habla Yavé: al tiempo de la gracia te escuché, el día de la salvación vine en tu ayuda. Yo te formé y te puse por alianza de mi pueblo, para restablecer la tierra y repartir las heredades devastadas. Para decir a los presos: salid; y a los que moran en tinieblas: venid a la luz" (*Is.* 49, 1-9). "El Señor, Yavé, me ha dado lengua de discípulo, para saber sostener con mi palabra a los abatidos. Cada mañana despierta mis oídos, para que oiga como discípulo; el Señor, Yavé, me ha abierto los oídos, y yo no me resisto, no me echo atrás. He dado mis espaldas a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. Y no escondí mi rostro ante las injurias y los esputos. El Señor, Yavé, me ha socorrido, y por eso no cedí ante la ignominia e hice mi rostro como de pedernal, sabiendo que no sería confundido. Cerca está mi defensor. ¿Quién quiere contender conmigo? Comparezcamos juntos. ¿Quién es mi adversario? Que se ponga frente a mí. Sí, el Señor, Yavé, me asiste. ¿Quién me condenará? Todos ellos caerán en pedazos, como vestidos viejos: la polilla los consumirá" (*Is.* 50, 4-9).

En el cuarto canto el "siervo de Dios" es cantado como vencedor, que debe pasar el abismo del dolor y de la muerte para redimir los pecados del pueblo; es el rey que toma sobre sí las vergüenzas e ignominias de su pueblo, en el que, sin embargo, se revela también la magnificencia del pueblo redimido y glorificado.

He aquí que mi siervo prosperará, será engrandecido y ensalzado, puesto muy alto. Como de él se pasmaron muchos, tan desfigurado estaba su rostro que no parecía ser de hombre, así se admirarán de él las gentes, y los reyes cerrarán ante él la boca, al ver lo que jamás vieron, al entender lo que jamás habían oído. ¿Quién creerá lo que hemos oído? ¿A quién fué revelado el brazo de Yavé? Sube ante El como un retoño, como retoño de raíz en tierra árida. No hay en él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en él belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conecedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada.

Pero fué él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fué traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.

Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fué arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo. Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura, y fué en la muerte igualado a los malhechores; a pesar de no haber en él maldad ni haber mentira en su boca. Quiso quebrantarle Yavé con padecimientos.

Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad y vivirá largos días, y en sus manos prosperará la obra de Yavé. Librada su alma de los tormentos, verá, y lo que verá colmará sus deseos. El Justo, mi siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres y recibirá muchedumbres por botín; por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores" (*Is.* 52, 13-53, 12).

En los escritos del Nuevo Testamento se refieren a Jesús los dolores del "siervo de Dios", del que habla Isaías; tales dolores son profecía de los de Cristo. El es el verdadero "Siervo de Dios" (*Mc.* 10, 45; *Mt.* 20, 28; *Mc.* 14, 24; *Mt.* 26, 28; *Lc.* 4, 18-19; 22, 37; *Act.* 3, 13; 4, 24; 30, 8, 32), en quien se cumple todo lo que Isaías dice del siervo de Dios.

También en los tiempos posapostólicos se caracteriza a Cristo como verdadero siervo de Dios, por ejemplo, en la primera Epístola de San Clemente (*I Clem.* 59, 2-4), en la Doctrina de los Doce Apóstoles (9, 2-3-10, 2-3), en las Actas del martirio de San Policarpo (14, 1; 3, 20), en la Epístola de Bernabé (6, 1; 9, 2).

En el sacrificio cruento de Cristo se cumplió lo que los antiguos cantos profetizaron. Cristo pudo explicar su dolor a los suyos desde las antiguas profecías: "¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?" (*Lc.* 24, 26).

Véanse las traducciones y los comentarios de: Ios. Ziegler, 1948, John. Fischer, 1939, Fr. Feldmann, E. Henne, así como Fr. Feld-

mann, *Die Weissagungen über den Gottesknecht im Buche Isaias*, Münster, 1913. John Fischer, *Wer ist der Ebed Jahwe?*, Münster, 1922. S. van der Ploeg, OP, *Les Chants du Serviteur de Jahvé*, París 1936. F. Ceuppens, OP, *De prophetiis messianicis in Antiquo Testamento*, Roma 1935. L. Dürr, *Ursprung und Ausbau der israelitisch-jüdischen Heilandserwartung*, Berlín 1925. El mismo, *Die Stellung des Propheten Ezechiel in der israelitisch-jüdischen Apokalyptik*, Münster 1923. J. Gewiess, *Die urapostolische Heilsverkündigung nach der Apostelgeschichte*, Breslau 1939. Fr. Leist, *Zeugnis des Lebendigen Gottes*, Donauwörth 1948. En estas obras se encontrarán abundantes datos bibliográficos.

ii) En el libro de Daniel hay un nombre especial para el dominador del reino futuro establecido por Dios: Hijo del hombre. Dios, superior a todos los dioses paganos, a todos los reyes y pueblos les llama a cuentas por sus excesos y deja que los grandes imperios se derrumben. El reino de Dios triunfará sobre ellos. Su Señor será el "hijo del hombre". (Sobre este punto puede verse § 152.)

kk) Stauffer estudia el eco de esta consideración histórico-teológica en el arte cristiano antiguo (*Die Theologie des AT*, 79): "En la mitología griega predomina el principio de la tautología. El muerto es Osiris; la muerte y arrojada a las regiones del Hades es Perséfone; el dominador divinizado es Zeus; Helios, Hércules o Eneas... Por todas partes irrumpe la representación fundamental de la simultaneidad o, mejor, de la atemporalidad mítica. Los hombres del Nuevo Testamento, los pintores y escultores de la Antigua Iglesia piensan fundamentalmente de forma temporal, histórico-teológica. En vez de la tautología atemporal tenemos la *tipología* de la historia de la salvación. Los dolores de José son prefiguración de la pasión de Cristo; el camino de Isaac hacia el sacrificio lo es del Calvario; por eso Isaac carga con una cruz en lugar de un haz de leña. La acción salvadora de Cristo repara el pecado de Adán; por eso aparece bajo la Cruz el cráneo del primer hombre, sepultado por secreto designio de Dios en el Gólgota y redimido por la sangre que mana de Cristo. He aquí motivos concretos que se resumen en ciclos tipológicos llamados concordancias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Citemos un ejemplo de tiempos de Constantino: la expulsión de Adán del Paraíso y la entrada en él del buen ladrón; diluvio y Bautismo de Cristo; Isaac camino del sacrificio y Cristo con la Cruz a cuestas; venta de José y venta

de Jesús; paso por el mar Rojo y la bajada de Cristo a los infiernos; retorno a la luz de Jonás y Ascensión. Así los acontecimientos del tiempo de las profecías aluden uno tras otro al tiempo de su cumplimiento. También las *palabras proféticas* del Antiguo Testamento tienen representación en los pintores y escultores de la primitiva Iglesia: en la catacumba de Priscila aparece el profeta Isaías apuntando con la mano en alto hacia la Virgen María y la estrella mesiánica; y en un sarcófago posterior se ve a Moisés con el libro de la Ley, que tiene como emblema de su escondida teología el monograma de Cristo.”

3. Por donde abramos el AT encontraremos *prehistoria de Cristo*, ordenada de palabra y obra, hacia la Cruz. Por eso la Iglesia, además de contar las profecías del AT, como uno de los testimonios más importantes de la divinidad de Cristo, se sirve en su Liturgia de los profetas para presentar viva y gráficamente la figura de Cristo. Incluso en la celebración de los Misterios, cuando se conmemora la obra salvífica de Cristo, se presentan imágenes y relatos del AT para expresar la fuerza y riqueza de la obra de Cristo (véase la Liturgia del Sábado Santo). *San León Magno* predica a sus fieles: “Amadísimos: De todo lo que la misericordia de Dios ha hecho desde el principio para la salvación de los mortales, nada más admirable y sublime que la crucifixión de Cristo por el mundo. A este gran misterio se ordenan todos los misterios de los siglos pasados; y todo lo que en símbolos se presenta en los distintos sacrificios, en las distintas prefiguraciones proféticas e instrucciones legales, según santa disposición, anuncia esta decisión y promete este cumplimiento para que ahora que se han terminado los signos y símbolos, nuestra fe en lo cumplido se fortalezca con la esperanza de las anteriores generaciones” (cit. Th. Breme, *Leo der Grosse. Die Passion*, 18, Sermón 54, cap. 1).

Se discute animadamente cómo debe entenderse ya *en concreto* esa referencia a Cristo del AT. Según una de las interpretaciones, el AT es un *transparente*, a través del cual se entrevé Cristo por todas partes. Según esto, los textos viejotestamentarios tienen bajo su sentido histórico y sobre él otro sentido cristológico inmediato: hablan directamente de Cristo y de la Iglesia. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es una prefiguración de la Pasión de Cristo hasta en los menores detalles. El AT habla de Cristo como del que va a venir y el NT como del que ya ha aparecido; pero ambos se refieren

al mismo Cristo. Según la *segunda opinión*, el AT no dice simplemente lo que el N, sino algo distinto. Es en cierto modo el *prólogo* de Cristo y se refiere tanto a Israel como a la humanidad de Cristo. El AT debe entenderse, por tanto, en su sentido histórico, según lo requieren las situaciones históricas testificadas en él. Los acontecimientos de toda esta espesura histórica, que se atestiguan en el AT, se trascienden hacia el futuro, pero no son en sí mismos puro reflejo del futuro. Según esta opinión, sólo así se conjurará el peligro de que la auténtica historia, descrita en el AT y ocurrida en él, se convierta en apariencia y sombra. El AT, siendo algo más que una transparencia del futuro, conserva su significación, incluso después de su plenitud y cumplimiento. La interpretación del AT debe referirse a Cristo, pero no puede ser cristológica.

Se puede decir respecto a tal polémica que ambas opiniones son defendibles. A favor de la segunda está el hecho de que parece que explica mejor que la primera la potencialidad histórica del AT; la primera tiene el peligro de convertir en puros símbolos los acontecimientos testificados en el AT. Sin embargo, hay que decir que no pocos textos del AT se refieren directamente a Cristo. Así, por ejemplo, algunos salmos y profecías deben entenderse como referencia inmediata a Cristo.

Respecto *al modo de cumplirse lo prometido*, Cristo y su obra no están unívocamente en la línea de todo lo que se dice de El en el AT. Sencillamente, Cristo da la auténtica interpretación en cuanto que a través de El se sabe por vez primera lo que definitivamente significa este o el otro texto. Así, por ejemplo, la presentación nacional-política que el AT hace del Mesías futuro es echada a un lado por Cristo, sufriendo de este modo un cambio de significación el sentido inmediato de las palabras. Pero justamente así se hace patente que Dios, autor principal de la Escritura y del AT, es quien interpreta propia y definitivamente. Porque Cristo determina el sentido auténtico de las promesas viejotestamentarias, invocando la autoridad divina, y prefija el modo de su cumplimiento, pueden contradecirle sus contemporáneos, fiados del AT, invocando la letra de los textos, y con cierta apariencia de razón, como que El y su obra no fueran el cumplimiento de lo que estaba prometido.

*b) Cristo, último contenido de los tiempos*

*b)* Cristo es la plenitud de los tiempos, todavía en otro sentido: llena el tiempo empezado en El con la salvación prometida en el AT. En Cristo aparece la salvación prometida a lo largo de siglos. El es el realizador del proyecto salvífico de Dios. Sólo por El no ha rebosado el cáliz de la ira divina; porque El iba a beberle por la salvación del mundo perdido (*Rom.* 3, 15-16). Antes de Cristo los tiempos estaban cerrados en el pecado; por El viene el gran Retorno. En la Epístola a los Romanos se pinta con negros colores la época precristiana. De pronto el Apóstol salta de alegría: ahora todo es distinto (3, 21). La época que inaugura Cristo es como una copa llena de amor de Dios. Desde este *ahora* (Nunc) se vuelven a mirar el *antes* los apóstoles Pedro, Pablo y Juan. Antes eran las tinieblas y ahora es la luz (*Eph.* 5, 8). Ahora ha llegado la Reconciliación, ahora ha llegado la salud (*Rom.* 5, 9. 11. 14-15; 12, 11; *Eph.* 2, 13; 3, 5; *Col.* 1, 26; *II Cor.* 5, 14-15; 6, 2). Antes estaban los hombres lejos de Dios, ahora han sido puestos en su cercanía (*I Pet.* 2, 10). Antes estaban bajo poderes antdivinos pero ahora ha sido sacudido su yugo (*Io.* 4, 23; 11, 50, 52; 12, 31; 18, 14). Antes dominaba la muerte, ahora la muerte ha sido sometida (*I Cor.* 15, 20). La resurrección del Señor ha inaugurado un *tiempo nuevo*; ya no pertenece la última palabra a la decadencia y caducidad, sino a la vida, que está exenta de las mordeduras de la muerte. El morir debe desde ahora servir a la vida.

*c) Sorpresa de la aparición de Cristo*

*c)* A pesar de las profecías, Cristo llegó *inesperadamente*. Los judíos del tiempo de Jesús habían entendido mal las promesas viejotestamentarias; en vez de ver en la Ley un constante aviso de la santidad de Dios y del propio pecado encontraron en el exacto cumplimiento de la Ley y los preceptos de ella derivados un medio de estar seguros frente a la justicia divina, de sentirse libres frente a Dios. La piedad farisaica va a parar en un asegurar el propio yo frente a las exigencias divinas. Las profecías del reino de Dios venidero fueron interpretadas como refiriéndose a un reino terrestre y político. Las mismas cosas que Cristo decía en imágenes y parábolas para explicar lo invisible e inefable fueron inter-

pretadas al pie de la letra y entendidas como dichas del poder y reinado terrestres. Y así tuvo que ocurrir aquella profunda e irreconciliable oposición entre Cristo—en quien se cumplían todas las promesas viejotestamentarias—y los portadores de estas promesas; entre Dios y el cumplidor de su voluntad salvífica, por una parte, y los súbditos, por otra. El fin de esta oposición es la Cruz. San Pablo explica la significación y reprobación del viejotestamentario portador de la Revelación: “Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos; mis deudos, según la carne; los israelitas, cuya es la adopción, y la gloria, y las alianzas, y la legislación, y el culto, y las promesas; cuyos son los patriarcas, y de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, Amén” (*Rom. 9, 1-5*). (Cfr. *Tratado sobre la Iglesia y los Sacramentos*.)

Con estos precedentes se esclarece el *doble sentido* del AT y de su relación a Cristo. Tiene carácter de precursor, y por eso, entre él y la Revelación ocurrida en Cristo, hay a la vez diferencias y relaciones, discontinuidad y continuidad. El gnóstico Marción († hacia el 160) subrayó exclusivamente las diferencias afirmando una radical oposición entre el A y NT, entre el Dios de la Ley y el Dios de la Gracia. Contra él, San Ireneo enseñó y esclareció las relaciones entre ambos. Pero a la vez el NT representa algo nuevo: debe sentirse, pues, como algo nuevo. San Ireneo tampoco se olvida de este aspecto. Para hacer más accesible a sus contemporáneos, la novedad del cristianismo se vale de una comparación; realidad familiar y acostumbrada entonces, el hecho de que el rey de los cielos preparara largamente su venida enviando heraldos no disminuye la novedad que significa su verdadera y real llegada; con la llegada de su propia Persona viene por vez primera su bondad, y con ella la alegría y la libertad (*Adv. Haereses 4, 34*). (Véanse K. Prümm, *Zur Terminologie und zum Wesen der christlichen Neuheit bei Irenäus*; en Pisciculi, *Studien zur Religion und Kultur des Altertums Franz Jos. Dölger dargeboten* (dedicados), Münster 1939, 192-219. Idem, *Christentum als Neuheitserlebnis. Durchblick durch die christlich-antike Begegnung*, Freiburg i. Br. 1939.)

A la llegada de la nueva Alianza queda anticuada la anterior. La revelación cristiana es eternamente joven; los que la preparaban pierden con su llegada el sentido propio de su existencia. Su trage-

dia y su culpa consiste en no entender que son precursores y en no estar dispuestos a abrirse a lo nuevo, cuando lo nuevo ha llegado. Es en cierto sentido una paradoja que el pueblo de Dios del AT siga coexistiendo, a pesar de ese su envejecimiento, con el del NT. Sin embargo, se hace comprensible esta paradoja si se piensa que aún tienen un gran papel que realizar en la segunda venida de Cristo (cfr. *Tratado de los Novísimos*).

## B) Preparación extrabíblica de la salvación

IV. *Los pueblos que estaban fuera del dominio de la revelación viejotestamentaria* fueron preparados por Dios para la llegada del Salvador, al serles permitido (aparentemente) seguir su propio camino y tener así cada vez más viva conciencia y un conocimiento experimental de lo inasequible que es todo anhelo e impulso cultural puramente humano y apartado de Dios; y a la vez mediante la Providencia y la voz de la conciencia que les grita incesantemente (*Act.* 14, 15-16; 17, 27-28; *Rom.* 1, 24; cfr. vol. I, § 30). En realidad la nostalgia de salvación de los pueblos extrabíblicos se hace patente tanto en su filosofía como en sus religiones.

De ellos también puede decirse, aunque en un sentido esencialmente atenuado, que tienen significación de precursores. Por eso hay también entre ellos y la revelación cristiana ciertas relaciones y diferencias, incluso oposición. Los Padres de la Iglesia subrayan ya uno ya otro aspecto y a veces sólo uno de ellos. Ven relación simplemente en el hecho de que a los filósofos paganos precristianos les fueran conocidas totalmente o en parte las verdades de la fe; así San Agustín, por ejemplo, cree que Platón conoció la existencia del Verbo divino. La diferencia es mayor aquí que entre ambos Testamentos y más débiles las relaciones; por lo general los Padres la vieron menos en la doctrina que en el culto. La grandeza y peligro de las religiones extrabíblicas estriba en su significación de precursoras. El peligro consiste en que se resisten a reconocer y aceptar la revelación hecha en Cristo; la mayoría de las veces se declaran contra ella, convirtiéndose en enemigos de Aquél, cuya preparación era su misión y el sentido de su propia existencia. Así por ejemplo, la función de Buda es preparar la India para Cristo; pero a la vez es su más perfecto contradictor (R. Guardini).

De las religiones paganas que no reconocen a Cristo se puede decir con mucha más razón que se han hecho anticuadas después de su venida. En su esencia no son falsas, aunque estén en un zarzal de errores, sino anticuadas. Esto vale sobre todo para todas las religiones extrabíblicas.

Una situación especial tiene en esto el *Islamismo*. Significa, frente al cristianismo, un retroceso hacia un estadio ya sobrepasado; como si para sus seguidores hubiera sido inconcebible la revelación cristiana y se hubieran hundido por eso en un grado ya superado; también está, pues, entre las religiones anticuadas (cfr. J. Daniélou, *Le mystère de l'Avent*, París, 1948. Idem, *La typologie d'Isaac dans le christianisme primitif*, en: "Bíblica", 1947, 363 sigs. Idem, *Dialogues*, París, 1948, Idem, *Le mystère du salut des Nations*. Idem, *Origène*, París, 1948. Idem, *Le signe du temple*. Idem, *Histoire et théologie*, en "Rev. des sc. rel.", 1949, Cahier I. Véase también la obra del mismo autor, en preparación, *Les precurseurs*).

### C) Duración de la preparación

V. La pregunta de *por qué la salvación tardó tanto después del pecado*, será siempre una cuestión misteriosa y sofocante, en vista del poder terrible del pecado y de su amplia extensión. Los Padres y Teólogos medievales dan las siguientes razones de la tardanza y espera de Dios: la justicia de Dios en todo su rigor y seriedad se hace patente justamente en esta tardanza de la salvación; la dignidad del Salvador, cuya venida es el acontecimiento más importante de la historia de los hombres, exigía una larga y cuidada preparación; finalmente el deseo humano de salvación divina y la preparación para ella se hacen más vivos, cuanto más inútiles se demuestran todos los intentos humanos de librarse de la desgracia y perdición.

A la vista de los siglos, que transcurren entre la caída y la venida del Salvador, no debe olvidarse que también antes de la Encarnación del Hijo de Dios se le concedía la salvación al hombre, *ya que no podía condenarse sin culpa propia*. La salvación en Cristo se proyecta también hacia atrás; también los tiempos precristianos están iluminados por la luz del que va a venir y participan de la obra redentora a modo de preparación de ella. No hay que pasar, además, por alto que si bien con la venida de Cristo se nos hace partícipes de una mayor salud, también tenemos mayor

responsabilidad (*Hebr. 2, 3*); la responsabilidad antes de la venida de Cristo era más reducida. La revelación amenaza menos con el infierno en los tiempos precristianos; sólo cuando su poder ha sido vencido, manda tener cuidado con él: “y, sin embargo, debiera esperarse que la amenaza del infierno era menos necesaria en aquellos tiempos, en que el pecado era más poderoso, más grande la dureza de corazón y más acuciante el peligro de condenación eterna. Es completamente incomprensible, aun sin atender a la ley indicada de la progresiva evolución de la justicia, la razón de que la Revelación pase en silencio la condenación en la otra vida justamente en la época de la dureza indomable de corazón y de la titánica rebeldía y mientras las religiones paganas amenazaban con ella. Las disposiciones históricas de Dios no tienen como fin conceder al infierno el mayor botín posible, sino arrancar a los gigantes el mayor número posible de presas. Incluso los castigos que caen sobre todo el pueblo son medios de salvación, de penitencia y expiación para el individuo, santificado y bendecido por la Sangre del Salvador que ha convertido al mal de instrumento de perdición en instrumento de salvación, en cuanto alcanza su voluntad salvífica, es decir para todos los pueblos y para todos los tiempos” (Schell).